

12

EL VAGAMUNDO

No)

Qué bellas costas, grandes corolas anaranjadas, arrecifes como roñosas navajas de afeitar, cedros redondos ostentosos. Partió al amanecer, cuando la brisa silbaba en el bauprés y las olas murmuraban unas de otras y un albatros chilló bajo el peso del cielo.

Le atrajo el Mar Amarillo, dibujó sus litorales y rozó sus islas, salió al mar del Japón y adentró sus puertos y ensenadas, pasando luego al mar de Ojotsk por un viraje imprevisto de los vientos.

Cuando...

entró en Hiroshims comenzaba a clarear. Los altos edificios del centro de la ciudad se la-
deaban imperceptiblemente en el pálido papel celeste.

sufrir

Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas...

Ningún vestigio resta de "aquello", apenas unas ruinas bien atendidas. Mas todavía algunos seguirán muriendo, se engendrarán otros con el terrible estigma.

El mar traslada sus tiendas, esplende este mediodía como el espejo con que juega un niño, una página del atlas se agita un instante en la rodilla del vagamundo.